

empapó en la misma pedazos de pan de los que comieron juntos ; despues de lo cual, le presentó agua de la que bebió. Entonces Teodosio le preguntó si le conocía, y él le confesó que no ? « Yo soy el emperador, replicó él ; Yo he venido por la devocion de veros. » A estas palabras el solitario se echó á sus pies para manifestarle su respeto, y Teodosio le dijo : « Sois bienaventurados, vosotros los solitarios ; os veis libres de las ocupaciones del siglo ; llevais una vida dulce y tranquila ; no teneis otro cuidado que el de la salvacion de vuestras almas, y no trabajais más que para el cielo. Yo, por el contrario, que he nacido entre la púrpura imperial y que me siento en el trono, puedo con verdad decir que jamás me he sentado á la mesa sin tener el espíritu preocupado con mil cuidados. » Dióle en seguida muchas muestras de estimacion de su virtud, y se retiró.

La misma noche, haciendo aquel siervo de Dios reflexion sobre aquella honrosa visita, dijo dentro de sí mismo : « Yo no puedo morar más aqui ; porque, cuando se sepa que el emperador me ha hecho el honor de verme á ver, no solamente muchos del pueblo, sino tambien los grandes señores de la corte y los senadores vendrán aquí y me honrarán como un hombre de Dios. A la verdad, esto no les podría dañar, puesto que lo harían teniendo á Dios á la vista. Pero en cuanto á mí, tengo todo motivo de temer que el demonio no se sirva de ello para seducirme, inspirándome gusto en sus alabanzas y complacencia en el bien que dirán de mí. Así que yo perderé la virtud de la humildad, llenándome con el gusto de las alabanzas de los hombres. » Despues de estas consideraciones, no aguardó á que se hiciese de dia, sino que salió de su celda y se retiró á Egipto en el desierto, para vivir allí con los otros solitarios. He ahí, queridos hermanos míos, añadía San Pemen, con qué cuidado estuvo atento este siervo de Dios en conservarse en humildad, para no perder el fruto de sus trabajos, y

para obtener de Nuestro Señor Jesucristo en el cielo la recompensa de ellos. »

Sería de desear que los historiadores nos hubiesen dicho el tiempo y las circunstancias de la muerte de San Pemen, pero ellos nos lo han dejado ignorar. Tillemont cree que ha habido dos con el nombre de Pemen, el uno más antiguo que el otro, sin que este de quien hablamos hubiese vivido demasiado tiempo. Pero los continuadores de Bolando han probado en un sistema cronológico que han dado para fijar el tiempo de su muerte, que él pudo haber vivido ciento diez años. Lo cual nos obliga á abandonar la opinion de Tillemont, puesto que no faltan ejemplos de solitarios que hayan vivido tan larga vida. El nombre de San Pemen se encuentra en el *Martirologio romano*, en el 27 de agosto. Los Griegos celebran su gran oficio el mismo dia, y le tributan grandes elogios, como lo hemos notado ya.

DOCTRINA ESPIRITUAL DE SAN PEMEN ¹

En la Vida de San Pemen hemos traído una parte de las instrucciones edificantes que daba á los solitarios ; pero la relacion de sus acciones habría quedado interrumpida si hubiésemos inserto en ella todas las que los autores de la *Historia monástica* nos han conservado. Recogemos aquí las principales que formaràn como un cuerpo de doctrina espiritual que todavia nos haràn comprender mejor la eminenencia de sus luces, la grandeza de su sabiduria y la piedad de sus sentimientos.

¹ Casiano, Cotelier, Los Bollandistas.

Bien parece que Dios era quien hablaba por su boca, puesto que en cierta ocasion le hizo partícipe del don de lenguas y de profecía. Habiendo venido de Siria un solitario llamado Juan para consultarle sobre el endurecimiento del corazon, contaba despues á otros hermanos que, no entendiendo el egipcio que era la lengua del Santo y no hablando sino el griego que el Santo no entendía, se vió muy embarazado para proponerle sus dificultades, no habiendo nadie á su lado que pudiese servirle de intérprete. Finalmente viendo San Pemen su embarazo y la pena que experimentaba por esta causa, se puso á decir en lengua griega, la que jamás habia hablado: « El agua es blanda y la piedra es dura. Sin embargo el agua, cayendo desde un vaso gota á gota sobre la piedra, la atraviesa poco á poco. Lo mismo sucede con la palabra de Dios; aun cuando ella sea en algun modo blanda por su dulzura, y aun cuando nuestro corazon sea duro por su insensibilidad, si uno tiene cuidado de escuchar frecuentemente esta divina palabra, ella abre finalmente el corazon, á pesar de su dureza, para hacer entrar en él el temor del Señor. »

En lo que hemos dicho de sus virtudes ha podido reconocerse que estaba lleno junto á Dios de las verdades que enseñaba á los demás; y que podía comparársele á una vacía que no dá más que de su abundancia. Tambien decía que el que enseña á los otros lo que él mismo no practica, es semejante á una fuente que dá agua para refrigerar la sed, ó para lavar, y que ella misma no se descarga del mal cieno que tiene en el fondo de sus aguas.

Decía además que debe uno aplicar su corazon á practicar lo que la lengua prescribe á los otros que hagan. Porque, añadía, hay hombres que son perfectos en palabras y muy imperfectos en la práctica. Decía tambien: « Que un hombre sensato y que no está sugeto á seguir sus pasiones, puede dar lecciones á los demás; pero que si es de otra

manera, podrá comparársele al que destruyera su casa para edificar la de otro. »

Se encuentran en la *Recoleccion de las Sentencias* tres cortas reglas de conducta, la primera de las cuales conviene á todo el mundo, la segunda á las personas que viven en comunidad y la tercera á un solitario. Un hermano le preguntó cómo debía portarse para vivir santamente, y él le respondió: « Ved lo que se dice en el profeta Daniel: sus enemigos que eran tambien los enemigos de Dios, no pudieron encontrar contra él causa alguna de acusacion, excepto en el culto legítimo que tributaba á Dios. » Otro hermano le dijo: « Padre mio, yo quisiera entrar en un monasterio y consagrarme en él para siempre al servicio de Dios. » — « ¿ Quereis, le respondió el Santo, vivir en un monasterio? Pero sabed que jamás sereis un verdadero cenobita, si no os proponeis desapegaros de toda vana solicitud, guardar el silencio y no apropiaros ni el más insignificante mueble. »

Decía en otra ocasion: « Los que viven en comunidad deben ser fieles en tres cosas: en ser muy humildes, en someterse dócilmente á las leyes de la obediencia, y en dedicarse con ardor y fidelidad á los empleos que se les confien. »

Otro hermano le preguntó si era mejor vivir solo ó en comunidad, y él respondió: « Si teneis bajos sentimientos de vos mismo, y estais siempre dispuesto á condenaros á vos mismo, podeis morar en todas partes; pero si teneis sentimientos de presuncion y quereis levantaros y alabaros, no podreis vivir en ninguna parte. Por más buena cualidad que tengamos, ó por mucho bien que obremos, jamás debemos tomar en él una vana complacencia, si no queremos perder todo su mérito. »

Dándole cuenta un solitario de sus pensamientos, le respondió: « El monge que reprime la gula con el ayuno, que

pone un freno á su lengua con el silencio, que no pierde el tiempo en rodar y disiparse, puede esperar con confianza que no morirá eternamente, sino que gozará en el cielo de la vida eterna. »

Otro solitario le preguntó cómo debía portarse en su celda, y él le respondió: « En cuanto á la conducta exterior, debeis trabajar con las manos, comer una vez al dia, guardar el silencio y hacer vuestra oracion: he ahí lo que pertenece á los ejercicios exteriores; pero para aprovecharos todavía más en la vida interior, conservaos en una grande igualdad de espíritu en donde quiera que os halleis, y sed asiduo á las horas del oficio y en todos los ejercicios particulares. Si despues de haber cumplido con el trabajo que la obediencia os prescribe, os queda todavía tiempo disponible, retiraos al oratorio, y allí aliviad á vuestra alma junto á Dios. Finalmente, por última y principal instruccion os recomiendo que os asociéis con los que son buenos religiosos, y no tengais amistad particular con los que no lo son. »

San Antonio había dicho que la discrecion era la virtud que nos llevaba más seguramente á la perfeccion. San Pemen la recomendaba en el mismo sentido que el gran Antonio. Decía que había que mirar como una ilusion del demonio lo que nos inducía á excesos. Aun cuando recomendaba mucho el ayuno y la mortificacion del cuerpo, quería sin embargo que se usara de moderacion, aunque no fuese sino para evitar los lazos de la vana gloria; y siendo consultado sobre la regla que á este propósito debía observarse, respondió: « Yo quisiera que un monge comiese una vez al dia, sin pero sin saciarse; porque es de temer que no se insinúe la vanidad en los ayunos que se llevan hasta á no comer sino cada dos ó tres dias. Nuestros Padres examinaro bien esto; y despues de haber probado lo uno y lo otro, hallaron que era mejor hacer una pequeña

refeccion al dia, de suerte que se alimente uno frugalmente y que al mismo tiempo se sienta la pena del ayuno. » Ponia la discrecion en el número de los medios más seguros en el camino de la salvacion. El recato, la vigilancia sobre sí mismo y la discrecion, decía él, son los tres guias que el alma debe seguir fielmente. Confesaba que esta virtud no era tan comun cómo se pensaba; y decía á este propósito: « Encuéntrase en los que nos han precedido en la vida monástica un gran número de solitarios que se han ejercitado en los mayores trabajos de la penitencia; Pero son muy claros los que han sobresalido por el prudente discernimiento de la discrecion. »

San Pemen había recibido de Dios el don de consolar y fortalecer á sus hermanos en las tentaciones. A este propósito decía cosas admirables; por esto los que eran importunados por ellas, recurrían á él de todas partes. Decía que en las tentaciones se reconocía al verdadero monge. Es necesario, añadía él, que esté siempre vigilando contra el tentador, casi como un guardia del emperador está junto á su persona, siempre presto á defenderle si fuese atacado. Decía un dia á su hermano Anub, á propósito de los malos pensamientos de que algunas veces se ve uno importunado: « Mirad lo que dice el profeta Isaias: ¿ Podrá el hacha gloriarse sin aquel que de ella se sirve para cortar? (Isaia. 10. 25.) Así pues no deis oidos á las tentaciones, y cesarán; porque ellas nada pueden sin vuestro consentimiento. »

Fué á verle un solitario, muy alarmado, estando agitado por diversos pensamientos, los cuales, segun él decía, le ponían en peligro de ofender á Dios. El Santo le sacó al campo libre y le dijo que descubriese su seno y detuviere allí al viento. « Más esto es imposible, le dijo aquel religioso. » — « Si no podeis esto, añadió el Santo, tampoco podeis impedir que os vengan al espíritu estos pensamientos; pero lo que sí podeis y debeis hacer es resistir á ellos. »

Otro hermano fué á quejarse de que el demonio procuraba corromper todos los actos de caridad que hacía para con su prójimo, tentándole de vanagloria; porque, decía él, yo no puedo dar la menor cosa, ni siquiera un pedazo de pan, que no me venga al pensamiento que lo hago para agradar á los hombres. « Que esto no os impida, le respondió el Santo, de continuar ejerciendo la caridad, aun cuando sucediese que se mezclase en ello alguna consideracion humana, lo cual sin embargo hay que evitar; y le añadió la siguiente parábola: Habiendo de cultivar su campo dos labradores, uno de ellos sembró en él grano, pero recogiólo en pequeña cantidad y aun este mezclado con zizaña; el otro abandonó su campo sin sembrar en él cosa alguna, y por consiguiente nada recogió. Os ruego que me digais cuál de los dos tendrá con que vivir en el caso en que sobrevenga un hambre. » — « Sin duda, dijo aquel hermano, será el que ha sembrado; aun cuando no haya recogido sino grano malo y en pequeña cantidad, al menos le servirá para alimentarle. » — « Hagámoslo pues así, replicó el Santo; sembremos todos los dias obras buenas, aun cuando nuestra fragilidad mezcle frecuentemente faltas en ellas; porque si no hacemos nada absolutamente, nuestra alma perecerá del todo. »

Había tambien un solitario que fué á encontrarle, y le dijo: « Yo soy atormentado de tentaciones violentas é importunas; he ido á encontrar al abad Ibistion que no me ha dicho otra cosa sino que debía impedir que residiesen ni un solo momento en mi espíritu. » — « El abad Ibistion, respondió Pemen, vive en el cielo; sus acciones son las de un angel, pero vos y yo somos todavia totalmente carnales y estamos sujetos á la tentacion. Sin embargo, tengamos confianza de que si sabemos macerar la carne con el ayuno, refrenar nuestra lengua y considerarnos como estraños en este mundo, no pereceremos. »

Por poca pena que se me dé, deciale otro hermano heme ahí en la languidez; mi corazon queda por ella del todo abatido. A lo cual respondió: « Ved, hijo mio, cómo José, tan jóven como era, pues que no tenía sino diez y siete años, sufrió sin embargo la tribulacion con tanta paciencia, que mereció que Dios le levantase en seguida tanto cuanto había sido humillado. Ved tambien cómo sostuvo Job los males con paciencia; sus terribles pruebas no le impidieron de conservarse siempre apegado á Dios. »

Otro solitario se le quejaba tambien de estar sujeto á las tentaciones contra la pureza y contra la dulzura cristiana, sintiéndose agitado por movimientos de cólera. A lo cual él respondió: « David decía que hería al leon y ahogaba al oso, para enseñarnos que hay que reprimir la cólera esforzándose en moderar su humor; pero que era necesario ahogar de algun modo la incontinencia oprimiéndola con el trabajo. »

Recomendaba que no se enojase uno por la dureza de la tentacion, y quería que se la sostuviese con paciencia, aun cuando tuviese que durar mucho tiempo. A este fin aplicaba aquellas palabras del evangelio: *No esteis solícitos del dia de mañana* (Matth. 6. 34.) Porque, decía él, en vez de dejarse abatir pensando dentro de sí cuánto durará todavia la tentacion, hay que decir más bien todos los dias: « Hoy seré atacado, y por consiguiente debo volver á tomar nuevos brios. »

Otro hermano le dijo un dia: « Padre mio, ¿ qué debo yo hacer hallándome frecuentemente con grandes turbaciones interiores? » Él le respondió: Gimamos y lloremos á los pies de Dios, implorando su paternal bondad en las turbaciones de que es agitada nuestra alma, hasta tanto que nos haga sentir su misericordia devolviéndonos la paz. » Dió el mismo consejo á otro hermano que se le quejaba de malos pensamientos. « Representaos, le respondió,

un hombre que tiene fuego en su izquierda y una copa llena de agua en su derecha. Si el fuego llega á encenderse, él se sirve del agua de la copa para apagarlo. Este fuego representa la tentacion del demonio, y el agua el recurso que debemos tener á Dios postrándonos humildemente delante de él para implorar su proteccion. »

Decía que hay tentaciones que no pocas veces no pueden vencerse, sino por el ayuno. « Cuando David combatía contra un leon, decía él, tomábalo por la garganta y le ahogaba. Si sabemos pues hacernos señores de nuestra boca y del vientre, triunfaremos fácilmente del leon invisible que es el demonio. » Tambien recomendaba la fuga de las ocasiones. « Si un hermano, decía él, se encuentra en una ocasion próxima y no la quiere dejar, es comparable á un hombre que tuviese un campo que dejase devorar por las orugas. » Decía tambien : en primer lugar huid ; en segundo lugar, os vuelvo á decir : huid ; en tercer lugar, sed como una espada de dos filos.

« Cuando se trataba de las tentaciones de impureza y maledicencia, decía tambien, son estas cosas tan odiosas, que más vale no hablar de ellas y ni siquiera fijarles la atencion ; porque si uno se detiene en examinar cómo suceden en nuestra alma, esto no servirá para arrojarlas. El mejor partido es rechazarlas con severidad ; así se verá uno más pronto libre de ellas y encontrará el descanso.

Recomendaba mucho la paciencia en la tentacion, y el abad José refería de él esta sentencia : « Si se encierra una serpiente ó un escorpion en un vaso que se tenga mucho cuidado de cerrar bien es preciso que con el tiempo muera el animal. Lo mismo sucede con las tentaciones que el demonio excita en nosotros ; si se guarda la paciencia, tendrás el consuelo de verlas cesar. »

La humildad ha sido siempre mirada por los santos como el fundamento y la prueba de todas las virtudes. San

Pemen decía que ella es tan necesaria al alma como la respiracion al cuerpo. Para dar á entender cuán rara es esta virtud, decía que los hombres llevan su maldad escondida detrás de ellos. Hacía poco caso de las virtudes de un solitario si le faltaba humildad ; y hablando de un monasterio en que no la veia practicar bastante, decía suspirando : « Todas las virtudes han entrado en esta casa á escepcion de una sin la cual no obstante jamás estará uno bien. » Y como se le preguntase qué virtud era esta, respondió : Es la de reprenderse á sí mismo, lo cual es la misma cosa que la humildad. Aseguraba que esta virtud era la fuente de la paz del alma ; porque, decía él á un hermano, si vos teneis una baja idea de vos mismo, estad cierto que tendreis reposo en cualquier parte que os hallareis.

Por el mismo principio, dando avisos á un solitario, le decía : « No creais bastaros á vos mismo, sino juntaos con alguno que sea realmente bueno, y cuya union os será por consiguiente útil. »

Habiendo algunos solitarios entrado en conferencia con él, uno de ellos se puso á alabar á otro hermano que estaba ausente, diciendo de él que era muy bueno, y sobre todo que tenía horror al mal. San Pemen le preguntó qué entendía por tener horror al mal. El hermano que no esperaba esta pregunta, no supo qué responder, y le suplicó que se lo esplicase él mismo. Entonces el santo dijo : « Aquel se dice que tiene verdadero horror al mal, que lo concibe por sus propias faltas, y que no sabe decir de los demás sino bien. »

Un dia le dijo un hermano : « ¿ Cómo, Padre mio, puedo evitar el hablar de mi prójimo ? » Y él le respondió : Esto es si sois bastante humilde para reprocharos vuestros propios defectos. Imaginad para esto que vos y vuestro prójimo sois como dos cuadros. Si al considerar el que os representa, no encontrais en él sino defectos, indudable-